

PALABRA Y TESTIMONIO DEL CRISTIANO EN LA ELABORACION DE LA CIUDAD TERRENA (1)

por

GABRIEL DE ARMAS.

I

¡Singular figura la del cristiano!

El cristiano va por el mundo despertando odios, rencores, persecuciones, antipatías. Con razón nos ha advertido Pablo VI que la fe cristiana "implica un peligro, un riesgo, tal vez un atentado contra la propia tranquilidad e incolumidad".

Puede, pues, afirmarse, con el irrecusable testimonio de la Historia a la vista, que el cristiano es un ser antipático al mundo... Ahora bien; ¿nos hemos parado a pensar, una vez siquiera, la razón psicológica de esta evidente antipatía?

Quizá nadie mejor que San Juan, el discípulo bien amado, nos dé la clave de este enigma, con sus claras y contundentes palabras: "No queráis amar al mundo, ni a las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo no habita en él la caridad o amor del Padre: porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia u orgullo de la vida: lo cual no nace del Padre, sino del mundo."

El cristiano ha de situarse, por consiguiente, frente al mundo y a sus concupiscencias. De otra parte, San Pablo nos exhorta: "No queráis amoldaros al mundo, antes bien renovaos en el espíritu de Jesucristo."

Si el cristiano cumple, como es debido, estas consignas concretas, ¿es acaso extraño que no sea aceptado y aplaudido por el mundo?

Cierto que existen varias acepciones de la palabra mundo... Pablo VI, maestro consumado en la matización, nos ha adoctrinado sobre este particular con numerosos textos llenos de vigor expresivo: "... el mundo es el cosmos, el universo, la maravillosa, misteriosa e inmensa obra de Dios... pero es también la antítesis del reino de Cristo, el reino de la negación, de la astucia, del egoísmo, del odio".

Es natural que tras leer y meditar que "la comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son

(1) Resumen por el propio autor de la conferencia que pronunció en la clausura de la VI Reunión de amigos españoles de la Ciudad Católica.

guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre, y han recibido la buena nueva de salvación para comunicarla a todos", como nos dice, por vía introductoria, la Constitución *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, nos preguntamos con cierta angustia: ¿aceptará ese mundo en sentido peyorativo la buena nueva de salvación que se le propone?

Con desgarrada sinceridad hemos de contestar a esta pregunta de forma negativa. Ni jamás la aceptó. Ni la acepta ahora. Y nunca la aceptará. Precisamente por eso la vida del cristiano es lucha, como afirma el Libro Santo. No nos hagamos vanas ilusiones. El mundo, con su espíritu perverso, aborreció, aborrece y aborrecerá a Cristo, Palabra y Testimonio, a la vez, del Padre que está en los Cielos...

Y no nos rasguemos las vestiduras con gesto farisaico. ¿A qué sorprendernos si Cristo lo advirtió con meridiana claridad? Sus discípulos no pueden llamarse a engaño cuando sus palabras son tan terminantes: "Si fuéseis del mundo, el mundo amaría en vosotros su pensamiento, su espíritu, sus costumbres. Pero como no sois de los suyos, el mundo os odia. Acordaos de mis palabras. No es el siervo mayor que su señor, ni el discípulo mayor que su maestro. Si a mí me han perseguido también os perseguirán a vosotros."

Ante este cuadro, a primera vista, desolador, ¿debe el cristiano evadirse del mundo? No. Acordémonos, cuando el tentador nos inquiete con este impulso, de la oración de Cristo por los suyos a su Eterno Padre: "No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal."

Ambos mundos, el de la bondad y el de la malicia, el de la mansedumbre y el del rencor, el de la fe y el de la impiedad, el del trigo y el de la cizaña, el de la luz y el de las tinieblas, el de los santos y el de los perversos, viven y se desarrollan en un mismo tiempo y en un mismo espacio. A veces, es difícil distinguirlos. Sin embargo, hay obligación ineludible de afrontar el riesgo.

¿Por qué? Porque es enseñanza evangélica que sólo seremos cristianos en la proporción en que nos enfrentemos con los problemas temporales, a la luz, claro está, de la Ley Eterna. Sin caer en mero temporalismo, ya nos advierte la Constitución *Gaudium et Spes* que "... especialmente en nuestros días urge la obligación de hacernos verdaderamente prójimos de cualquier hombre y de servirle con eficacia cuando nos sale al paso..."

El Cielo se conquista aquí, en la tierra. Se va a Dios a través del amor al prójimo. Se llega a la Ciudad Eterna tras el esfuerzo

continuado del quehacer temporal en la elaboración de la Ciudad Terrena. "El orden de las cosas humanas, que es la ciudad terrena —ha dicho Pablo VI—, no puede ser olvidado por la Iglesia, cuando en él se desarrolla esa vida humana que ella ha de guiar a la salvación."

Pues bien; en la elaboración de la Ciudad Terrena, el cristiano ha de utilizar fundamentalmente dos elementos: la palabra y el testimonio.

II

Mucho se habla ahora de la primacía de uno o de otro elemento... ¿Debe anteponerse el testimonio a la palabra? ¿Debe, por el contrario, la palabra anteponerse al testimonio? Yo, sin embargo, preguntaría a quienes esgrimen razones para inclinar la balanza de uno o de otro lado: ¿es posible separar, escindir, desconectar, la palabra del testimonio, y viceversa?

Forzoso es inclinarnos por una respuesta negativa.

Cristo, Verbo de Dios, Palabra del Padre, es al mismo tiempo Vida, Manifestación y Testimonio del Padre que está en los Cielos... No puede haber posibilidad de disociación entre la Palabra y el Testimonio del Verbo encarnado. Como no debiera haber (y si la hay es fruto exclusivo del pecado) la ruptura más mínima entre el testimonio actuante y la palabra del cristiano.

La Constitución *Gaudium et Spes* no hace más que afirmar esta verdad cuando nos recuerda que "el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época".

Sí; la palabra es el principio de nuestra fe. El testimonio es esa misma fe vivida, ejemplarizada y gozosamente experimentada. La palabra es la doctrina plena de fuerza operativa. El testimonio es el comportamiento responsable. Ambos, testimonio y palabra, se complementan: forman al unísono el entramado básico del ser cristiano. Si, como dice San Pablo a los corintios, Dios quiso salvar a los hombres por la locura de la predicación, es porque la palabra, hontanar de la fe, había de cristalizar, andando el tiempo, en la virtud operante y testimonial del bien obrar...

Existe, sin embargo, una peligrosa corriente progresista que pretende reemplazar la labor de la palabra por la del puro y simple testimonio...

¡Cuidado! No nos convirtamos en "perros mudos", silenciosos testigos del ladrón que penetra furtivamente en la heredad.

¡Cuidado! Que la Iglesia del silencio nos puede un día lanzar al rostro el vergonzante silencio de la Iglesia.

¡Cuidado! Ciertamente hay que dar de comer al hambriento y de beber al sediento y vestir al desnudo; pero, ¡ah!, por la misma razón, porque son obras de misericordia, hay que enseñar al que no sabe, se ha de corregir al que yerra y dar buen consejo al que lo ha menester. Para estos quehaceres la palabra es irremplazable: sólo ella enseña, corrige y aconseja...

Al hablar de la palabra, me parece justo evocar a la apologética, tan zaherida y maltratada en los tiempos que corremos. La apologética, como afirma el P. Humberto Clarissac, en su preciosa obra *El misterio de la Iglesia*, es una incursión feliz en tiempo de sitio. Desembaraza y explora los contornos de la ciudad... No es ella ciertamente quien engendra la vida divina en nosotros... "Pero la apologética —dice— puede ser el vehículo de gracias actuales muy valiosas y estrechamente ordenadas a la vida de la Iglesia y del alma: honor bastante para ella."

Sigo, pues, creyendo con el P. Clarissac que a esta zaherida y maltratada apologética hay que reservarle un puesto de vanguardia en la lucha por la elaboración de la Ciudad Terrena.

Escribía nuestro santo y sabio Cardenal Gomá que "la predicación, tomada esta función en su sentido más amplio, es un deber estricto de conciencia y la obra fundamental de la cura pastoral".

Pablo VI nos ha dicho: "La Iglesia donde está viva, donde comprende, donde es fiel al mandato de Cristo, tiene una principal e indispensable actividad: anunciar la palabra divina. La fe, raíz de todo el sistema doctrinal y moral del cristianismo, exige este anuncio, exige la predicación."

No basta, pues, el solo testimonio.

Por su parte, la Constitución *Lumen Gentium*, del Vaticano II, es bien explícita a este respecto: "Cristo —nos dice— cumple su misión profética hasta la plena manifestación de su gloria, no sólo a través de la jerarquía, que enseña en su nombre y en su potestad, sino también por medio de los laicos, a quienes, por ello, constituye en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la palabra."

No lo olvidemos. El cristiano es un testigo de excepción en medio del mundo. Y lo primero que se pide al testigo es el testimonio de su palabra. La palabra es algo más que *dogma*, como ha afirmado Congar. Es también enseñanza y exhortación. El dogma, su definición, su interpretación correcta, corresponde en exclusiva a la jerarquía. La exhortación y la enseñanza nos corres-

ponde a todos porque, además de ser guardadores de la palabra, somos llamados al apostolado activo, como miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo.

La "didacticidad" y la "paraclesis" que hemos de practicar en virtud de nuestra condición de cristianos, tienen su fundamento insoslayable en la palabra.

III

Ahora bien; el apostolado de la palabra es arriesgado. Dice El Libro de los Proverbios que "el que corrige al petulante se acarrea afrenta, y el que reprende al impío, ultraje". En la elaboración de la Ciudad Terrena, en esa *consecratio mundi* a que debemos aspirar, el cristiano, con su testimonio y con su palabra, ha de corregir petulancias y ha de reprender impiedades...

Dados tales supuestos, ¿cómo no va a acarrear el cristiano afrentas, ultrajes y persecuciones, frente a un mundo petulante e impío?

Ya era así en los tiempos lejanos en que Dios preparaba a su pueblo, al pueblo escogido, para enviarle a su propio Hijo. Cuando Moisés sube al Sinaí, cumplidos los ochenta años, para recibir de Yavé las tablas del testimonio, el pueblo se aprovecha de aquella ausencia para dar rienda suelta a sus concupiscencias. Moisés queda sorprendido y anonadado al contemplarlo sumido en la adoración idolátrica del becerro de oro. La reacción del gran caudillo es dura. No se limita, no, a dar un testimonio de repulsa en silencio. Grita, vocifera y les escupe a la cara su infidelidad: "Habéis pecado."

Esta misma actitud, viril e intransigente, la observamos en los Profetas, esos "antipáticos" voceros de Yavé, que con su palabra recuerdan deberes, fustigan vicios y repudian toda clase de adulación. Hoy, con toda seguridad, les llamarían integristas, inmovilistas, fanáticos. Pero en su tiempo también les denominaron así. Hoy los perseguirían. Pero en su tiempo también los persiguieron.

Elías llamará asesino y ladrón al rey Ajab, por haber dado muerte a Nabot para quedarse con su viña. Isaías confundirá al pueblo con exhortaciones premonitorias de tremendos castigos por su dura cerviz. Jeremías llegará a apremiar al rey para que gobierne en justicia. Todos ellos, por consiguiente, los profetas mayores y menores, perseguidos e injuriados, pero firmes en el testimonio de la palabra, prenuncian al cristiano valeroso, que desea la Iglesia, en nuestros días, para la elaboración de la Ciudad Terrena y que

ha sido descrito por Pablo VI en las siguientes frases: “¿Puede un cristiano verdadero ser débil, temeroso, vil, traidor de su nombre, de su conciencia, de su deber? No. El auténtico cristiano es fuerte, animoso, leal, coherente, heroico si es preciso; el cristiano —lo sabemos por confirmación— es soldado de Cristo.”

¡Soldado de Cristo! Que no se asusten los timoratos. Aun tiene vigencia, a Dios gracias, este término castrense, en una Iglesia que, so pena de desfigurarse, no puede dejar de ser militante.

Soldado, emisario y heraldo de la verdad fue el profeta Nathán cuando echó en cara al rey David su terrible pecado: un doble crimen de adulterio y asesinato. David, que estudió la felonía con acabada perfección, pensó que al poco tiempo de cometida no quedaría rastro de ella. Olvidó, no obstante su talento, aquella gran verdad que Rubén Darío plasmaría, andando la vida, en un verso lapidario dirigido a Roosevelt: *Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!*

Dios, efectivamente, le recriminó por medio del profeta Nathán.

¿Lo veis? Ya los protocristianos eran aguafiestas, intransigentes, antipáticos. Frente al mundo, ellos ponían barreras a las tres concupiscencias: a la de la carne, a la de los ojos y a la soberbia de la vida. Y precisamente por eso, su palabra y su testimonio debieran servirnos de paradigmas. Porque es el Concilio Vaticano II, en su Constitución *Lumen Gentium*, quien nos recuerda que el cristiano debe manifestar su esperanza “en diálogo continuo y en un continuo forcejeo con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos, incluso a través de las estructuras de la vida secular”.

Forcejeo continuo, lucha sin cuartel, guerra sin tregua, fue la postura de Juan Bautista —el Precursor— frente al rey Herodes. Mientras la corte da rienda suelta a las tres concupiscencias mundanales, Juan se retira al desierto y da un testimonio de austeridad inquebrantable: se alimenta de langostas y miel, no bebe vinos ni licores y cubre su cuerpo con una áspera piel de camello.

Pero no basta el testimonio silencioso. El silencio, ha dicho alguien, todo lo pudre. Se hace sentir la necesidad de la palabra. De la palabra cortante, afilada, que sirva para dibujar aristas en vez de difuminar contornos. Y Juan, sabedor de que Herodes vive amancebado con su cuñada, la mujer de Filippo, les lanza su voz como un trallazo: “Non licet...”

Este irrevocable “non licet” acabaría con la vida de Juan, que fue decapitado en la prisión de Maqueronte.

IV

Tras la predicación del Bautista aparece Cristo en el escenario de la Historia. Pero... ¡qué decepción! No aparece como el libertador glorioso que ha de ser coronado rey temporal. Trae un mensaje de salvación eterna y viene a fundar una Iglesia que, aunque *está* en el mundo y es *para* el mundo, *no es* del mundo. Es más: El entabla un combate sin armisticio contra las concupiscencias mundanas. Los entusiasmos se apagan, los vítores se extinguen, los aplausos se convierten en miradas aviesas, desilusionadas, donde hay mucho de amargura y resentimiento.

¿Qué promete este rey? ¿Quizá riquezas? No. Ha pronunciado las siguientes frases escalofrantes: “Bienaventurados los pobres...” “No queráis amontonar tesoros, donde el orín y la polilla los consumen.”

¿Tal vez promete honores? “Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia...” “Dichosos seréis cuando por mi causa os persigan.”

¿Dejará libertad a las intemperancias personales? “Si tu ojo te escandaliza, arrácatelo.” “Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo, ya adulteró en su corazón.”

¿Admitirá por lo menos la venganza, ese placer de dioses? “Bienaventurados los mansos.” “Amad a vuestros enemigos.” “Orad por los que os persiguen y calumnian.” Ha dado, pues, un cerrojazo a la famosa ley del talión, ojo por ojo y diente por diente.

Es más. Frente a la hipocresía farisaica, la cólera de Cristo se manifiesta bien patente: “sepulcros blanqueados”, “lobos rapaces”, “raza de víboras”.

La intransigencia de Cristo es tal —“el que no está conmigo está contra Mí”— que va a originar el drama más profundo de la Historia, concretado ideológicamente en el grotesco dilema que Poncio Pilato plantea a las masas ávidas de sangre y de venganza: “¿A quién queréis que os suelte: a Cristo o a Barrabás?”

“A Barrabás”, gritarán enfurecidos. Cristo, al fin, es antipático porque pone coto a las tres concupiscencias que el mundo adora... Alguien llegará a decir que Barrabás es mucho más humano. Barrabás transige, comprende, no condena, no lanza anatemas, no depura su pensamiento con formulaciones concretas, no dogmatiza, no viste de rigor sus verdades, porque no las tiene. La figura de Barrabás ha adquirido en nuestros días proporciones colosales.

* * *

Cristo había ordenado a los suyos: "Id y predicad." No había dicho, no, "id y dad callado testimonio". Al conjuro de estas palabras, Pedro y los demás Apóstoles comienzan a predicar. Pero he aquí que los sacerdotes, los saduceos y el Comandante del Templo se indignan y les conminan para que su testimonio sea silencioso. Es entonces cuando de los labios de Pedro y de Juan brota el famoso "Non possumus": no podemos.

¿Qué motivo tenían para no callar? El mandato imperativo de Cristo: "Id y predicad." El "Non possumus" del primer Papa será un alerta continuo en la historia de la Iglesia. Por él se abrirán los circos e irán los cristianos a las fieras. Por él morirá Pedro crucificado, Pablo será decapitado, apedreado por los judíos Santiago el Menor, y los demás Apóstoles sellarán con su sangre la doctrina que Cristo les dejó en depósito. "Non possumus", que también el cristiano actual tendrá que repetir, cientos de veces, en sus luchas y trabajos por la elaboración de la Ciudad Terrena que le está encomendada.

V

Afirma Sertillanges que los éxitos gritan al cristiano: continúa; y los fracasos le gritan: vuelve a comenzar. ¿Quiere esto decir que jamás habrá descanso? Sí, quiere decirlo. ¿Y siempre será así? ¡Siempre! El cristiano, en su lucha por la elaboración de la Ciudad Terrena, nunca se verá libre de conjugar el "Non licet" y el "Non possumus", ese antipático binomio que pone en riesgo su propia vida.

Veamos algún ejemplo.

Trasladémonos a la Inglaterra del siglo XVI. Reina Enrique VIII, quien acaba de publicar un magnífico libro en "Defensa de los siete Sacramentos" contra Martín Lutero. El Papa León X, en agradecimiento a este servicio, le otorga el título de "Defensor de la fe". Enrique está casado, hace ya dieciocho años, con Catalina de Aragón. Al enamorarse perdidamente de Ana Bolena, acude a Roma para que su matrimonio sea declarado nulo. De los labios de Clemente VII vuelve a salir el "Non possumus", que exaspera al rey. Como, a pesar de la negativa del Papa, Enrique sigue terco en su propósito, el Vicario de Cristo tendrá que gritarle, de nuevo, el "Non licet" al mismo tiempo que lanza la excomunión contra el príncipe "Defensor de la fe".

Desde 1529 el erudito Tomás Moro es Lord Canciller del reino y Guardasellos del rey. La actitud de Enrique, que pretende erigirse en Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra, en rebeldía

contra Roma, no puede ser aprobada por Tomás Moro. Sus palabras no dejan resquicio abierto a una esperanza de rectificación: "... si en este asunto me fuera posible algo que contentara la Gracia del Rey sin ofender con ello a Dios, nadie hubiese prestado ese juramento con más alegría que yo".

Tras la dura prisión en la Torre de Londres por mantenerse firme en el "Non possumus", es condenado a muerte el día 1 de julio de 1535 en la Sala de Justicia de Westminster. El 22 de junio, dos semanas antes, le había precedido en la dicha de obtener el martirio por idénticas causas el obispo John Fisher. La sentencia de Tomás Moro se cumplió inexorablemente el 6 de julio. Ambos mártires, Tomás Moro y John Fisher, fueron canonizados por la Iglesia en 1935, con otras cincuenta víctimas de Enrique VIII, y mostrados al mundo como ejemplos de cristiana entereza, en el bregar constante que requiere la *consecratio mundi*.

Decía el P. Lacordaire que "una prueba es una ocasión ofrecida a un ser libre para sacrificarse ante el deber o para sacrificar el deber ante los propios caprichos".

La vida del cristiano, dentro de la Ciudad Terrena, es una prueba constante que no admite interrupciones. El mismo "Non possumus" de Pedro y de Juan, de Moro y de Fisher, de todos los mártires y de todos los confesores, fue pronunciado por el anciano Pío VII frente al poder invencido y despótico de Napoleón Bonaparte.

El Papa cede hasta donde le es posible; ni un ápice más. Viaja a París para asistir a la coronación. Cuando el Emperador, llevado de sus sueños megalómanos, torpedea por todos los medios a su alcance el concordato firmado con la Santa Sede en 1801, el Papa protesta firmemente. Napoleón se irrita. Destituye al Papa de sus Estados. A Pío VII sólo le queda un recurso: excomulgarlo.

Napoleón prende al Vicario de Cristo. Le lleva arrestado a Savona. Después de alejarle a su Secretario de Estado, a su confesor y a todas aquellas personas de confianza, ponen espías a su servicio. En 1812 trasladan al Pontífice, viejo y enfermo, desde Savona a Fontenebleau. El Papa sigue irreductible. Napoleón se enfurece. Se ha encontrado, al fin, con una torre que no capitula, en la que, como una bandera al viento, tremola un lema con diecinueve siglos de existencia: "Non possumus".

¡Pobre Napoleón! Las cosas le van mal. El mundo entero se concita contra él. Su poder se tambalea. Sólo entonces concede la libertad al Papa; pero advirtiéndole a sus lacayos que si la estrella

de la fortuna, en aquel momento adversa, volviera a serle propicia, restituyan a Fontenebleau al sagrado recluso. Pues bien; en esa misma ciudad, en Fontenebleau, poco tiempo después, el gran corso renunciaría al Imperio, siendo llevado prisionero a Elba y trasladado, más tarde, a Santa Elena...

Ironías del destino. Cuando los liberales de todas las naciones europeas perseguían, como a perros sarnosos, a los familiares del Emperador destronado, el "integrista", el "intransigente", el "antipático" Pío VII abría sus brazos paternales en Roma para ofrecerles su perdón, su amparo y su asilo. Una vez más quedaba demostrado que la intransigencia doctrinal y la firme actitud en los principios no está reñida con la caridad, con el amor y con la comprensión hacia las personas.

VI

Se ha estudiado en estas jornadas de la VI Reunión de Amigos de la Ciudad Católica, a la luz de la doctrina pontificia y de los principios del orden natural, la problemática de los Cuerpos Intermedios, vértebras indispensables en toda Ciudad Terrena bien constituida y que, por bien constituida, ha de evitar dos extremos peligrosos: la atomización individualista de signo liberal y la absorción en un estatismo hipertrofiado de sabor totalitario.

Para hacer efectivas las conclusiones, derivadas de unos principios incommovibles que aquí se han expuesto, para plasmarlas en esa Ciudad Terrena ideal que todos anhelamos, tenemos a nuestra disposición dos instrumentos insustituibles: la palabra y el testimonio; la fe y el trabajo; el programa y la conducta.

Quedarnos solamente con el testimonio, prescindiendo de la palabra, sería convertirnos, como hemos dicho, en "perros mudos", figura execrada por la Escritura. Utilizar sólo la palabra, vacía de testimonio, nos haría caer en el más craso fariseísmo.

El cristiano completo, íntegro, total, no mutilado, no escindido en mitades inoperantes, ha de tener en cuenta: primero, que está obligado a vivir en sí mismo la palabra, con el fin de poderla transmitir a los demás viva y afilada; segundo, que ha de mantener firme su testimonio, para que los demás, como en un espejo, puedan compulsar su verdadero rostro...

Que Dios nos ayude.